

**Carlos Martínez Moreno**

## **El Espejo**

Fue en medio de aquel verano de tu adolescencia. Tenías dieciseis años y aquella tarde cayó ante tí el único sentimiento que hayas tenido por hombre alguno, antes de Carlos. Luego pensaste que lo habías inventado, claro está; que había en toda tu persona —en tu infancia, en el hueco de la muerte de tu padre, en la aridez de tus hermanas— una vacancia afectiva que era capaz de crearse sus objetos, de hacerlos verosímiles.

Lo cierto es que aceptaste ir cuando supiste que el muchacho estaba enfermo. Clamaba por tí, dijeron. El largo viaje en ómnibus, la fruición con que entreabrías los labios para que el viento que golpeaba en las ventanillas y se revolvía en tus cabellos poseyera también el interior de tu cuerpo, fueron después lo mejor del recuerdo. Gracias a ese ánimo de entrega pudiste no sufrir (hasta que te tocó bajar a la calle polvorienta de aquel pueblo, distante cuarenta kilómetros de la ciudad) el bochornoso calor hacia el que había madurado el día, la asordinada y vibrante tensión que dominaba en tí ante la idea de su madre, de su casa, de su encuentro. No era lo mismo que hallarlo en los patios de la Universidad con su melena caída y sus trajes demasiado ajustados, con su aire de-

---

CARLOS MARTINEZ MORENO *tal vez sea, en este momento, el narrador uruguayo de más amplia difusión fuera de fronteras. En 1960 obtuvo el segundo premio del concurso organizado por la revista LIFE EN ESPAÑOL y poco después resultó finalista del Premio Biblioteca Breve con su novela El Paredón, que se conoció en todos los países de habla hispánica. El año pasado publicó un nuevo volumen de cuentos, Los Aborígenes y una nueva novela suya, La otra mitad, será publicada próximamente en México. A ella pertenece el fragmento que publicamos en este número de Temas.*

sabrido de dejarse querer, de motivarlo desde su debilidad.

Era otra cosa y lo supiste —con un desánimo oscuro, que te volvía al cubil de tu propia, odiada niñez— en cuanto lo viste en la cama, rodeado de su madre, su veladora llena de pócimas, de frascos, de compotas, de jarras amordazadas con cedazos. No había ninguna proporción sensible entre el hecho de que hubiera clamado por tí (así te dijeron, tú no lo inventaste) y el desentendimiento inerte con que ahora, sin levantar siquiera aquellas manos lechosas del borde de las sábanas, te recibía. La madre solamente te miró, como diciendo reprobatoriamente “Ya sabía” y descartándose en tu insignificancia, en tu timidez, en el aire revuelto que todavía quedaba entre tus cabellos. Te sentaste y al punto te olvidaron, puesta a la orilla de la relación de necesidad que a ellos, en cambio, parasitariamente los ligaba. Viste y te repugnó el caldo tibio que ella iba haciendo subir penosamente hasta la boca de su hijo, en los viajes de una cuchara de estaño. Viste las olas flojas, de niño enfurruñado, que la boca del muchacho hacía para resistirse a lo inapetecible del alimento, o para decirte sin palabras su inapetencia por la vida, por los estímulos que lo rodeaban, lo insulsos que le resultaban a un tiempo aquel caldo, tu presencia, el mundo y la pasión. Y advertiste también la relación tierna, rapaz, cruel, abusiva que existía entre ellos dos, entre él y su madre. Mientras ella estuviera en la habitación tú seguirías arrumbada, depositada como un traje en la silla, postergada. Corrió sobre tí —la boca llena de un indeciso buche de caldo, que no se resignaba a tragar— unos muertos ojos de pescado, sin ganas de liberarse de la obsesión posesiva de la madre, que había pasado momentáneamente de vigilarle los ojos a atenderle el movimiento de los labios, para el próximo viaje de la cuchara, ya llena y ligeramente temblorosa en la densa atmósfera del cuarto.

Corrió por tí los muertos ojos de pescado, sin asirse a tu rostro, sin quererlo, sin reconocerlo siquiera, resbalando sobre él sin palparlo, como si toda tú estuvieses contenida en un plano y en él no hubiera vida sino simplemente una achatada, una borrosa figura de otro sitio y del pasado, que ya no le importaba, que ya no podía sostener en la ficción de que jamás le hubiera importado. Cuando la madre renunció a que tomara el resto del tazón y salió por un instante, dejándolos a solas, lo miraste, incorporándote ligeramente en la silla, irguiéndote en demanda de una respuesta, despegándote del fondo del respaldo en que él hubiera querido, tal vez, que siguieras indefinidamente incrustada. Lo miraste, debiste escarbar en él una explicación —la justificación de tu viaje, el día y el calor en el camino, tu extrañeza del sitio, la hostilidad de la madre— pero sólo obtuviste un gesto ambiguo, un gesto que al pasar los años no supiste si habías también inventado, si tus ojos no habían dibujado desde la nada y la ansiedad, un gesto tan claudicante e imperceptible que no sabrías si radicarlo en las cejas, en un fruncimiento de los párpados, en la remoción pronto aquietada de una rodilla bajo el cobertor.

Descubriste sin embargo con claridad lo que había en ese conato de gesto, en ese ademán trunco y desistido. Había rabia e impotencia, rabia por él y por tí, impotencia por necesitarla y no necesitarte. En el resto del ademán habría hecho quizá la salvedad, te habría dado a entender que eso sólo sucedería mientras estuviera enfermo, que ya volvería a la salud y hacia tí. Supiste, de todos modos, que en algún sentido estaría siempre enfermo.

Luego del almuerzo —un almuerzo estirado, reticente, aburrido, todo lo ceremonioso que el oprimente calor de las dos de la tarde en aquel pueblo mediterráneo podía permitir— te convencieron en tu misma derrota. No estabas tan lejos de tu casa, hervía la tierra, volverías en el ómnibus de las seis de la tarde.

Y entonces te hablaron del reposo, otra vez del calor y también de la siesta; y te confinaron a aquella habitación que daba al patio y entornaba hacia él dos hojas de persiana hasta el suelo. Corrieron el toldo, porque de otro modo la reverberación solar

se colaría a través de la claraboya y por las tablillas de la celosía; tú echaste primero la falleba y luego cerraste las dos hojas de la puerta y aseguraste los postigos. Una noche a destiempo, una empozada noche de aire quieto, una habitación por medio de aquélla en que ahora dormiría el muchacho, te rodeaba. Viste la cama preparada, la cómoda de ébano con sus guarniciones y sus filetes dorados; y señoreando y recogiendo la claridad que venía de los tres tulipanes de la araña que encendiste en el techo, un enorme espejo elíptico, sostenido en un montante que acaso era también de ébano, un espejo *psyché*, un espejo que podía reclinarsse en ángulos distintos, girando sobre un eje horizontal que se aseguraba en los dos travesaños mayores del montante. Empezaste a desvestirte parsimoniosamente, con algo de la lentitud que sobrevivía del almuerzo y del estupor en que aun te hallabas. Porque tu resignación (dijiste) aun no había llegado, pero lo activo de tu repugnancia cedía ya a una forma más lánguida del desconcepto, a un primer reconocimiento de la fatalidad en la aventura de los sexos. Pensabas en el enfermo, en la viciosa atadura que lo unía a su madre, en lo abyecto que te resultaría tener un hijo (ya retrocedías, pero aun no podías imaginártelo engendrado por otro hombre que por él) y sentir que se adhiriese a tí del mismo modo. Habías sufrido desde siempre la hostilidad de tu madre pero debiste haber tenido, confusamente, la visión de otro enlace más sutil e indeseable, más amorosamente corrupto. Estabas sola, estabas lejos, estabas en un verano que no se parecía al de tu ciudad; todo cundía como un error en torno de tí, un error y un engaño y una estafa, una triste y dolorosa impostura, como si un traspunte malicioso te hubiera inducido a que avanzaras por un escenario equivocado, por un decorado que no correspondiese a la parte que hubieras aprendido, que quisieras decir. Entonces, provocada por lo remoto del lugar y la hora, agujoneada por la debilidad del enfermo, insidiosamente acosada por el espacio desconocido y huraño que parecía cambiarse sin cesar tras las hojas de la celosía, te encontraste de pronto —sin saber cómo habías caído a su centro ondulado, silente y cadencioso— realizando el único

acto puramente depravado de que pudiste acusarte en tu vida. En aquella pieza de muebles extraños, pulidos y limpios, la soledad te ajustó su otra cinta sobre el espejo y te viste de súbito terminándote de desnudar ante él. Te despojabas teatralmente, con una perversidad rebuscada y majestuosa, con un aire que pensaste disoluto y soez y quizás haya sido tan sólo paródico, descocado en la imaginación de tu inocencia, aterido y burlesco. No sé si te habrás animado a contarme todo lo que hayas hecho entonces, ignoro si tuviste (y me salteaste) alguna de esas consideraciones absurdas, disparatadamente obscenas de la propia persona, alguna de esas fantasmagorías de la degradación y la impudicia que un adolescente suele pensar o ensayar a solas, para estar seguro de que es libre y el mundo no puede ya tocarlo con nada, enseñarle nada. Te miraste luego largamente, cuajada allí y sin ropa, virgen y todavía no deseada. Los mismos tiradores circulares de los cajones de la cómoda, brillando tenuemente en el tramo que el espejo copiaba a tus espaldas, parecían alusiones carnales hacia tu soledad, círculos inventados por tu deseo. Por tu deseo postergado quién sabe por cuánto tiempo (comenzaste a sentirlo) y por un deseo urgente de agredirte con algo, de envilecerte a solas. Te diste entonces al juego de hacer cabecear el espejo dentro del montante. Si lo empujabas por su mitad inferior y era la parte alta

la que venía sobre tí, veías en primer plano, cercana y como saliéndose del azogue, la raya de tu cabellera vuelta a preparar para el almuerzo, las bandas de tu pelo y el nacimiento de tus senos, la mano que los alzaba y ceñía para proponerlos, con infantil demonismo, a la neutralidad del espejo. Y si lo empujabas en la parte de arriba, el espejo avanzaba hacia tus piernas como una bandeja y era entonces tu sexo el que venía hacia la luna, tu monte de Venus el que subía perezosamente, el que aleteaba su mariposa oscura.

Al cabo de un rato de malvada contemplación, de equívoca adoración de la gran disponibilidad de tu persona, diste vuelta, fuiste hacia la cama y te tendiste desnuda, sin apagar la luz ni desflorar las sábanas resplandecientes y marchitas. No pudiste dormir y hay un par de horas de tu vida que han quedado en aquel aposento, dos horas que perdieron después su contenido pero por las que siempre te sentiste, aprensivamente, emplazada a rendir cuentas. Llegó el momento y te volviste a vestir, de espaldas al espejo. De espaldas al espejo y a la casa, también te fuiste; y al pisar el umbral y entrar de nuevo al clima de la calle polvorienta, en la pulpa madura del verano y de las cinco y media de la tarde, habías ya resuelto tu vida por unos cuantos años, y no tan sólo desligarte sin palabras de aquel pobre muchacho.